



MARÍA Y LA MONTAÑA: UNA PROPUESTA DE VIDA CRISTIANA COMO SUBIDA

Novena a la Virgen de los Reyes 2024
Predicación

ANTONIO BUENO ÁVILA

Novena a la Virgen de los Reyes 2024
Predicación

MARÍA Y LA MONTAÑA: UNA PROPUESTA DE VIDA CRISTIANA COMO SUBIDA

Antonio Bueno Ávila

Profesor estable de la Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla
Canónigo del Cabildo Catedral de Sevilla

Sevilla 2024

Ejemplar gratuito

«¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!»
(1 Cor 9, 16)

Autor: Antonio Bueno Ávila
Diseño: Salvador Bueno Ávila
Fotografía: Miguel Ángel Osuna
Imprime: Impresiones Ordás
ISBN: 13-978-84-09-672295
Depósito legal: SE-2875-2024
Lugar y fecha: Sevilla 2024

Presentación

La presente publicación recoge las homilías que tuve el honor de predicar en la novena a la Virgen de los Reyes del año 2024.

Concretamente, partiendo de la fiesta de la Transfiguración del Señor y tomando como imagen el ascenso de Pedro, Santiago y Juan al monte Tabor, presento la vida cristiana como una subida en nueve etapas: 1) La Montaña; 2) La Vocación; 3) La Oración; 4) La Humildad; 5) La Santidad; 6) La Comida; 7) La Iglesia; 8) La Caridad; 9) La Bajada.

No es casualidad que, para los títulos de dichas etapas, utilice únicamente palabras de género femenino. Con este recurso, he querido hacer una alusión permanente a la Virgen María. De hecho, pretendo que nos agarremos a sus benditas manos, para poder ascender en nuestra vida espiritual. Ella, con su auxilio y amor maternal, siempre nos ayuda a alcanzar la cumbre, es decir, a unirnos más íntimamente a su Hijo Jesucristo y a aspirar al cielo como nuestra auténtica patria.

Para ello, también contamos con la ayuda de los Padres de la Iglesia y los santos de nuestra querida Archidiócesis de Sevilla. Todos ellos, con su doctrina, ejemplo de vida e intercesión, nos acompañan en nuestro peregrinar y nos estimulan en nuestro deseo de alcanzar la cima de la perfección cristiana.

Para una conveniente contextualización de las homilías, he incluido las lecturas bíblicas proclamadas en la celebración eucarística de cada día. Para este fin, he utilizado la versión oficial de la Sagrada Biblia publicada por la *Conferencia Episcopal Española*. También he incorporado las intenciones y las peticiones elaboradas por la *Delegación Diocesana de Liturgia de la Archidiócesis de Sevilla*. Por último, señalo las parroquias, instituciones y hermandades invitadas.

A continuación, quiero dar las gracias, a D. José Ángel, arzobispo de Sevilla, por su cercanía durante la novena, a mis hermanos los capellanes reales por haberme elegido para esta predicación y a la Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando por su fraterna acogida. También quiero agradecer especialmente a Miguel Ángel Osuna, al Cabildo Catedral de Sevilla, a Andrés Cebrino y a mi hermano Salvador Bueno toda la ayuda que me han prestado para la realización de esta publicación. Sin ellos, no lo habría logrado.

Son muchas las personas que me han solicitado el texto de las homilías y me han animado a publicarlo. A todas ellas les dedico esta publicación. Mi único deseo es que tenga un fin evangelizador; que, a través de su lectura y meditación, podamos recordar juntos los magníficos momentos que celebramos y vivimos a lo largo de estos nueve días.

Antonio Bueno Ávila



Primer día
Martes, 6 de agosto de 2024

La Montaña



Fiesta de la Transfiguración del Señor (Ciclo B)

Primera lectura

Dan 7, 9-10, 13-14

Su vestido era blanco como nieve

De la profecía de Daniel.

Miré y vi que colocaban unos tronos. Un anciano se sentó. Su vestido era blanco como nieve, su cabellera como lana limpiísima; su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas; un río impetuoso de fuego brotaba y corría ante él. Miles y miles lo servían, millones estaban a sus órdenes. Comenzó la sesión y se abrieron los libros. Seguí mirando. Y en mi visión nocturna vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo. Avanzó hacia el anciano y llegó hasta su presencia. A él se le dio poder, honor y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron. Su poder es un poder eterno, no cesará. Su reino no acabará.

Salmo responsorial

Salmo 96

R. El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra.

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono.

R. El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra.

Los montes se derriten como cera ante el Señor,
ante el Señor de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria.

R. El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra.

Porque tú eres, Señor,
Altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses.

R. El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra.

Evangelio
Mc 9, 2-10
Este es mi Hijo, el amado

Del Evangelio según san Marcos.

Seis días más tarde Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, subió aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía qué decir, pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo amado; escuchadlo». De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban del monte, les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos.

Homilía La Montaña

Querido señor arzobispo, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, Hermandad de la Vera Cruz de Albaida del Aljarafe, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Como todos los años, comenzamos esta novena dedicada a la Virgen de los Reyes con la celebración de la fiesta de la Transfiguración del Señor. Para comprender correctamente este misterio de la vida de Cristo es necesario interpretarlo en su contexto inmediato, es decir, en su subida a Jerusalén.

Todos sabemos que esta subida no es una simple subida geográfica. Ante todo, se trata de una subida existencial, ya que, con su muerte en la cruz, Cristo entregará su vida en rescate por todos los hombres.

Precisamente, para consolar y reconfortar a sus discípulos ante el escándalo de su pasión y de su muerte en la cruz, Cristo decide transfigurarse delante de ellos, para anunciarles, de manera anticipada, su resurrección gloriosa. De hecho, el Evangelio de san Marcos nos dice que «*sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador*» (Mc 9, 3), signo de su resurrección y de su triunfo sobre la muerte.

Este relato es muy interesante, porque está lleno de referencias al Antiguo Testamento: la montaña podría aludir al monte Horeb, donde Moisés contempló el misterio de la zarza luminosa y ardiente que no se consumía (cf. Ex 3, 1-6); la nube podría referirse a aquella nube que cubrió el monte Sinaí, donde la gloria de Dios se manifestó a Moisés como un fuego voraz (cf. Ex 24, 16-18); por su parte, las tres tiendas podrían ser una alusión a la tienda del encuentro, donde Moisés hablaba con Dios (cf. Ex 33, 8-9); además, el propio Moisés representa a la ley, mientras que Elías personifica a los profetas.

Entre todas esas realidades, Dios Padre señala a Jesucristo como su Hijo amado, invitándonos a que lo escuchemos. Con ello, se nos está presentando a Cristo como el Hijo de Dios, el Verbo eterno que se ha hecho carne, la Palabra definitiva del Padre. De esta forma, Cristo recapitula en su única persona divina todo el Antiguo Testamento; por eso, él es la nube, la montaña, la tienda, la ley y el profeta.

Este relato ha sido muy comentado por la tradición patristica. De hecho, al interpretarlo en un sentido alegórico, compara esta subida de Pedro, Santiago y

Juan al monte Tabor con vida espiritual del cristiano, es decir, con el progreso y el ascenso del alma en su unión con Cristo. De este modo, los primeros autores cristianos comparan la vida cristiana con una montaña que debemos subir poco a poco, hasta llegar a su cumbre y unirnos a Cristo resucitado.

En este sentido, siempre tendremos que recordar que nuestra auténtica cima, nuestra auténtica patria es el cielo. ¡Somos ciudadanos del cielo! Aunque estamos en el mundo, no somos del mundo. De ahí que el cristiano se sienta peregrino y errante en esta vida terrena. Así nos lo recuerda esta fiesta con su alusión a la resurrección y así nos lo volverá a recordar la solemnidad de la Asunción de la Virgen María con la que concluiremos esta novena.

Como imagen de esta subida y de este peregrinar del cristiano, también nosotros hemos salido de nuestros hogares en el día de hoy. Concretamente, hemos dejado nuestros quehaceres y ocupaciones, con el deseo de ascender, durante estos nueve días, a este particular monte Tabor que es nuestra Catedral de Sevilla, para encontrarnos con Cristo y su Santísima Madre.

Precisamente, en este primer día, os invito a que fijéis vuestros ojos en la Virgen de los Reyes: ella sostiene entre sus manos y sobre sus rodillas a su Hijo Jesucristo y nos lo ofrece, para que lo acojamos como el Señor y el Salvador de nuestras vidas. De hecho, el mundo nos ofrece muchos salvadores, pero solo Jesucristo es el Salvador: él es el único que tiene poder sobre el pecado y la muerte; el único que nos puede otorgar la vida eterna.

Hoy la Virgen de los Reyes hace suya las palabras que Dios Padre pronuncia desde la nube *«Este es mi hijo, el amado; escuchadlo»* (Mc 9, 7): escuchadlo, porque solo él tiene palabras de vida eterna; escuchadlo, porque solo él nos puede ofrecer la verdadera felicidad, paz y justicia. Y todo esto nos lo dice aquella que, en primera persona, escuchó y fue obediente a Dios. Por ello, Cristo refiriéndose a la su Madre dirá: *«Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen»* (Lc 11, 27).

María nos presenta a su Hijo coronado como Rey. Así lo hemos cantado en el salmo de hoy: *«El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra»* (Sal 96, 1). Él es el Rey del Universo que quiere reinar en nuestras vidas, hogares, familias, Iglesia y mundo. De hecho, en la Capilla Real, en el altar de la Virgen de los Reyes, haciendo alusión al libro de los Proverbios, aparece escrito: *«Por mí reinan los reyes»* (Prov 8, 15). De ahí que Jesucristo le dijese a Pilato: *«No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto»* (Jn 19, 11).

La Virgen María es el camino seguro para llegar a Jesucristo. De ahí que nos agarremos a sus benditas manos, esas manos que cada año besamos con profunda devoción, para subir poco a poco al monte santo. Y lo haremos con unos acompañantes muy especiales: los Padres de la Iglesia y los santos de nuestra querida Archidiócesis de Sevilla. Todos ellos, con su palabra, ejemplo e intercesión, también nos ayudarán a alcanzar la cima.

Aquí tendremos que recordar las palabras del salmista: *«¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos ni jura con engaño. Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación»* (Sal 23, 3-5).

Así pues, subamos con diligencia. A ello, nos invita el obispo Anastasio Sinaíta, autor cristiano del s. VII, en el sermón que hoy hemos leído en el oficio de lecturas: *«Debemos apresurarnos a ir hacia allí -así me atrevo a decirlo- como Jesús, que allí en el cielo es nuestro guía y precursor [...] Corramos hacia allí, animosos y alegres, y penetremos en la intimidad de la nube, a imitación de Moisés y Elías, o de Santiago y Juan. Seamos como Pedro, arrebatado por la visión y aparición divina, transfigurado por aquella hermosa transfiguración, desasido del mundo, abstraído de la tierra; despojémonos de lo carnal, dejemos lo creado y volvámonos al Creador, al que Pedro, fuera de sí, dijo: “Señor, ¡qué bien se está aquí!”»* (Sermón de la Transfiguración del Señor, 6-10).

No seamos indolentes. Le pido a la Virgen de los Reyes que estos días sirvan para que renovemos nuestra fe, nuestro seguimiento de Cristo y nuestro testimonio como auténticos cristianos; para que salgamos transfigurados y transfiguremos el mundo, llenándolo todo con la luz de Cristo, con la luz del amor y la verdad. Nuestra misión es disipar la oscuridad ocasionada por el pecado, la injusticia y la muerte. ¡Iluminemos todo con el resplandor de Cristo transfigurado! ¡Eliminemos de nosotros el egoísmo, la envidia, la división, la enemistad que engendran muerte y tinieblas en nuestro entorno!

No podemos vivir nuestra fe a ras del suelo, siendo mediocres y tibios: tenemos que darle altura a nuestra vida cristiana. ¡Elevémonos, subamos, ascendamos, para encontrarnos, durante estos días, con Cristo y su bendita Madre, la Virgen de los Reyes!

Oración de los fieles

Por los frutos de la Novena y por el II Congreso Internacional de Hermandades y
Piedad Popular

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios,
diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Acuérdate del Santo Padre, el papa Francisco, de nuestro arzobispo José Ángel y sus obispos auxiliares Teodoro y Ramón; santifica a nuestro clero, para que sepa apacentar a tu grey y nada les falte; concédenos también vocaciones sacerdotales y para la vida consagrada. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Te pedimos por el fin de las guerras y por una paz que beneficie a todos los ciudadanos; para que termine la sequía que nos preocupa; por la salud de los enfermos; por los que los cuidan y sus familias. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Te pedimos Señor que la novena que hoy comienza mueva nuestros corazones, para que puedan dar frutos de fe, esperanza y caridad. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Por los buenos resultados apostólicos del II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular que, dentro de unos meses, tendrá lugar en Sevilla. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Te pedimos por los fieles difuntos, especialmente por nuestros seres queridos que han ido a tu presencia este último año y por las víctimas de la guerra. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

6. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Oh Dios, tú que has preparado en el corazón de la Virgen María una digna morada al Espíritu Santo, haz que nosotros, por intercesión de Nuestra Señora de los Reyes, lleguemos a ser templos dignos de tu gloria.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Hermandades invitadas: Hermandad de la Vera Cruz de Albaida del Aljarafe.



Segundo día
Miércoles, 7 de agosto de 2024

La Vocación



Miércoles de la XVIII Semana del Tiempo Ordinario Feria

Primera lectura

Isa 7, 10-14; 8, 10b

Mirad: la virgen está encinta

Del libro de Isaías.

El Señor volvió a hablar a Ajaz y le dijo: «Pide un signo al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo». Respondió Ajaz: «No lo pido, no quiero tentar al Señor». Entonces dijo Isaías: «Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Enmanuel, porque con nosotros está Dios».

Salmo responsorial

Salmo 39

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Tú no quieres ni sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios;
entonces yo digo: «Aquí estoy».

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

«–Como está escrito en mi libro–
para hacer tu voluntad.
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas».

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

He proclamado tu justicia
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes.

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

No me he guardado en el pecho tu justicia,
he contado tu fidelidad y salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea.

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Evangelio

Lc 1, 26-38

Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo

Del Evangelio según san Lucas.

En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

Homilía

La Vocación

Querido señor arzobispo, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, Parroquia de Nuestra Señora de Consolación de Aznalcóllar, Hermandad de la Vera Cruz de Brenes, Hermandad de la Virgen del Valle de Écija, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

En el día de ayer, comparaba la subida de los apóstoles al monte Tabor con el progreso y el ascenso del alma en la vida espiritual. De hecho, os proponía que esta novena fuese una subida, donde lleguemos a la cima en su último día y nos encontremos, cogidos de las manos de la Virgen María, con Cristo transfigurado y resucitado.

Ahora bien, para ascender esta montaña, en primer lugar, es imprescindible la vocación, ya que esta subida nunca se realiza por iniciativa propia, sino como respuesta a la llamada de Dios. En efecto, la iniciativa siempre es de Dios: es Dios quien llama; es Dios quien sale a nuestro encuentro; es Dios quien se hace el encontradizo. Por eso, progresar y ascender en nuestra vida cristiana siempre es respuesta a su gracia. Esta realidad la expresó perfectamente san Juan Pablo II al afirmar que la vocación es «*don y misterio*» (Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio), ya que su origen está únicamente en Dios.

Precisamente, en este segundo día, os propongo contemplar el relato de la Anunciación (cf. Lc 1, 26-38), ya que es la vocación de la Virgen María. Dios Padre, por medio del ángel Gabriel, eligió a la Virgen María para ser la Madre de su Hijo Jesucristo, por obra y gracia del Espíritu Santo. Por su parte, la Virgen María, llena y colmada de gracia, respondió con generosidad y libertad a dicha elección.

Pero, ¿por qué os invito a contemplar esta escena? Por dos razones. En primer lugar, para percibir la importante colaboración de la Virgen María en la obra redentora de Cristo. Siempre, siempre, tendremos que estar agradecidos a la generosidad de la Virgen María, ya que con su «fiat», con su «sí», vino a nosotros el Salvador del mundo, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros (cf. Is 7, 14; Mt 1, 23). Así pues, María es la puerta, es el pórtico de nuestra salvación. Esto lo expresaron bellísimamente los Padres de la Iglesia, estableciendo un hermoso paralelismo entre el relato de la creación y la muerte de Cristo en la cruz. De hecho, dirán que si por un hombre, un madero y una mujer (Adán, el árbol y Eva) nos vino la ruina del pecado y la muerte, también por un hombre, un madero y una mujer (Cristo, la cruz y María) nos ha venido la salvación. Por ello, si la virgen Eva fue madre de la

humanidad pecadora, la Virgen María es madre de la humanidad redimida por su Hijo Jesucristo.

Pero también, en segundo lugar, para que tomemos conciencia de nuestra propia vocación. Dios también nos llama a una vocación singular e importante. Todos, al igual que la Virgen María, hemos de responder con generosidad a la llamada de Dios. De ahí que todos también tengamos una responsabilidad ante él, ya que lo que nosotros no hagamos, nadie lo hará por nosotros. Sí, queridos hermanos y hermanas, ¡todos somos llamados! Dios no ha llamado únicamente a los sacerdotes, frailes o religiosas. ¡Dios nos llama a todos!

De hecho, nuestra vocación primordial y radical es la vocación cristiana, es decir, nuestra vocación bautismal. Por el bautismo somos redimidos del pecado original y de los pecados personales, somos constituidos hijos del Dios y hechos miembros de la Iglesia. El bautismo no es un sacramento que recibimos puntualmente en el pasado, sino que nos acompaña toda nuestra vida; por eso, para profundizar en nuestra vocación cristiana, siempre tendremos que ahondar en nuestro bautismo. Y desde esta vocación cristiana y bautismal, en un segundo momento, Dios también nos llama a una vocación específica y concreta como el sacerdocio ministerial, el diaconado permanente, la vida consagrada o el matrimonio.

Concretamente, el matrimonio es una vocación de enorme importancia. Pero la realidad es que, cuando oramos por las vocaciones, pedimos por el sacerdocio, por la vida consagrada y en la mayoría de las ocasiones, por no decir siempre, nos olvidamos del matrimonio cristiano. Es tan importante que yo, cuando pido por las vocaciones sacerdotales, también rezo por los matrimonios cristianos. Es cierto que Dios puede sacar vocaciones de debajo de las piedras, pero si no hay matrimonios cristianos, será mucho más difícil que haya vocaciones al sacerdocio. De hecho, el Concilio Vaticano II definió a la familia como «*Iglesia doméstica*» (Lumen Gentium, 11; Gaudium et Spes, 52), ya que en ella se realiza la primera y más importante transmisión de la fe y de la propia vocación.

Por lo tanto, la crisis de vocaciones sacerdotales es también la crisis de la familia cristiana. Esto lo expresó perfectamente el obispo san Manuel González en 1910 cuando aún era arcipreste de Huelva. Dice así: «*Huelva, ciudad de treinta mil almas, sólo tiene dos seminaristas; las vocaciones están hoy en la espantosa proporción de ¡uno por quince mil! Este es un síntoma muy significativo y muy triste, porque quiere decir no que falten vocaciones, sino que faltan hogares cristianos, que son los hornos que dan calor, ambiente y vida a las vocaciones que Dios da*» (Lo que puede un cura hoy, 154).

Por ello, en primer lugar, quiero dirigirme a los matrimonios. Queridos padres y madres, ¡tenéis un papel insustituible en la transmisión de la fe y en la educación de vuestros hijos! Ellos necesitan ver, a través de vuestras vidas, lo que significa amar, perdonar, sacrificarse, ser responsable y creer. Queridos matrimonios, ¡necesitamos de vuestro compromiso, de vuestro testimonio, de vuestro amor, de vuestra fe! ¡No tengáis miedo de proponer abiertamente la vocación a vuestros hijos; de enseñarles que tienen una responsabilidad ante Dios, ante la Iglesia y ante el mundo; de mostrarles que hacen falta cristianos comprometidos!

Pero también me quiero dirigir especialmente a los jóvenes que me puedan estar viendo o escuchando. Soy consciente de que estamos viviendo tiempos difíciles, donde es muy complicado tener un trabajo estable y una vivienda. Pero no perdáis nunca la esperanza; también os necesitamos. ¡Sois el futuro de nuestra Iglesia y nuestra sociedad! ¡Necesitamos de vuestra alegría, creatividad, fuerza, conocimiento y fe para construir un mundo mejor!

Hoy especialmente pedimos a la Virgen de los Reyes por las vocaciones; sobre todo, por aquellos jóvenes que, por miedo o duda, no se atreven a dar el paso y seguir a Cristo. ¡Nadie mejor que ella, con su amor maternal, puede cuidar de las vocaciones! Por eso, siempre recuerdo con mucho cariño mi época de seminarista; concretamente, cuando toda la comunidad del Seminario veníamos a la Capilla Real, en torno a la solemnidad de san José, para renovar, junto al señor cardenal y la Asociación, nuestra consagración a la Virgen de los Reyes.

Ella siempre ha estado especialmente unida al Seminario. De hecho, muchos de vosotros desconoceréis que, a mediados del s. XX, el sacerdote Francisco García Madueño, que era capellán del *Convento de Madre de Dios* y director del *Instituto Obviam Christo* para la formación de las vocaciones sacerdotales tardías, encargó realizar una copia más pequeña de la Virgen de los Reyes, para poner en sus benditas manos y bajo su amparo la vocación de los jóvenes; una imagen que aún custodian, con mucho cariño y devoción, mis queridas madres dominicas.

Así pues, seamos responsables y respondamos con generosidad a la llamada de Dios.

Oración de los fieles

Por las vocaciones sacerdotales, consagradas y por nuestros Seminarios
diocesanos

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios,
diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Señor Jesucristo, continúa llamando a los jóvenes para las tareas apostólicas y
evangelizadoras. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Señor Jesucristo, te pedimos por nuestros seminaristas y por las vocaciones al
sacerdocio. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Señor Jesucristo, bendice los trabajos del II Congreso de Hermandades y Piedad
Popular, para que produzcan un aumento de vocaciones apostólicas. Imploramos
Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Señor Jesucristo, a cuyo encuentro salieron las vírgenes santas con sus
lámparas encendidas, no permitas que falte nunca la fidelidad en las vírgenes que
se consagran a ti. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Tú que dominas el cielo y la tierra, concédenos el fin de la pertinaz sequía y de
las guerras. Imploramos, Madre, tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

6. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Dios todopoderoso y eterno que, en la gloriosa Madre de tu Hijo,
has concedido un celestial amparo
a cuantos la invocan como Nuestra Señora de los Reyes,

concédenos por su intercesión, fortaleza en la fe,
seguridad en la esperanza y constancia en el amor.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Parroquias y hermandades invitadas: Parroquia de Nuestra Señora de Consolación de Aznalcóllar, Hermandad de la Vera Cruz de Brenes y Hermandad de la Virgen del Valle de Écija.



Tercer día
Jueves, 8 de agosto de 2024

La Oración



Memoria obligatoria de santo Domingo de Guzmán, presbítero

Primera lectura

Num 6, 22-27

Invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel
y yo los bendeciré

Del libro de los Números.

El Señor habló a Moisés: «Di a Aarón y a sus hijos, esta es la fórmula con la que bendeciréis a los hijos de Israel: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz”. Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y yo los bendeciré».

Salmo responsorial

Sal 66

R. Que Dios tenga piedad y nos bendiga.

Que Dios tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

R. Que Dios tenga piedad y nos bendiga.

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia
y gobiernas las naciones de la tierra.

R. Que Dios tenga piedad y nos bendiga.

Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.
Que Dios nos bendiga;
que le teman todos los confines de la tierra.

R. Que Dios tenga piedad y nos bendiga.

Evangelio

Lc 2, 16-21

Encontraron a María y a José y al niño. Y a los ocho días, le pusieron por nombre Jesús

Del Evangelio según san Lucas.

Fueron corriendo hacia Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho. Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Homilía

La Oración

Querido señor arzobispo, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, Hermandad de la Soledad de Cantillana, Hermandad Sacramental de Nuestra Señora de la Estrella de Coria del Río, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

En este tercer día, para seguir subiendo en nuestra vida espiritual, junto a la vocación, también es necesaria la oración, que nos une a Dios y nos impulsa a aspirar a los bienes de arriba, a los bienes del cielo (cf. Col 3, 1-2).

Decía el papa Benedicto XVI que *«no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»* (Deus caritas est, 1). Por eso, ante todo, la fe es un encuentro interpersonal. Para cuidar nuestra relación con Dios es necesaria la oración: al igual que las relaciones humanas necesitan de una comunicación asidua y de un dialogo frecuente para su crecimiento, también nuestra relación con Dios requiere de ese trato cotidiano, íntimo y sincero por medio de la oración. En la oración vamos profundizando nuestra comunión con Dios y ascendiendo en nuestra perfección.

¡Necesitamos de la oración! Cristo dedicaba mucho tiempo a orar: solía rezar largo tiempo por las noches (cf. Lc 5, 16; 6, 12; 11, 1; 22, 41-46); también oraba cuando tenía que realizar algo importante (cf. Lc 6, 12-16). En esta oración, Cristo cultivaba una relación íntima con Dios Padre, a quien llamaba con el término arameo *Abbá* que significa *Papá* (cf. Mc 14, 36; Gal 4, 6; Rom 8, 15).

Pero la importancia de la oración también se percibe en la Virgen María: la oración es una realidad esencial en su vida. De hecho, la escena de la Anunciación no se podría entender si, en los instantes previos a las palabras del ángel Gabriel, la Virgen María no estuviese orando y en la presencia de Dios (cf. Lc 1, 26-38). Ella es la *«mujer orante»*, la *«mujer contemplativa»*: así nos la presenta hoy el Evangelio de san Lucas al afirmar que *«María conservaba todas aquellas cosas, meditándolas en su corazón»* (Lc 2, 19); o también el propio Libro de los Hechos de los Apóstoles al decir que *«los apóstoles perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos»* (Hch 1, 14).

Por eso, Cristo también aprendió a orar con su Madre. La Virgen María enseñó a su Hijo a orar: siendo aún niño, le enseñaría el Shemá Israel, a rezar con los salmos y le contaría las grandes hazañas de Dios en la historia de la salvación. La maternidad de María no la podemos entender simplemente en un sentido biológico: ella no es solamente Madre porque concibiera en su seno virginal al Hijo de Dios por obra y gracia del Espíritu Santo; esto sería entender su maternidad en un sentido reductivo. Por el contrario, María es Madre en un sentido amplio: no solo engendró al Hijo de Dios según la carne, sino que también lo amó, lo alimentó, lo cuidó, lo educó y le enseñó a orar.

Así pues, si Cristo y su Madre sentían la necesidad de orar, ¡cuánto más nosotros! Aquí tenemos que hacer nuestra la petición de los discípulos a Jesús: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1).

Por eso, en primer lugar, tendríamos que preguntarnos cuánto tiempo le dedicamos a la oración. Generalmente dedicamos tiempo a lo que nos gusta: hacer deportes, ir al campo, estar con la familia o comer con los amigos. ¿Cuánto tiempo le dedico a la oración? ¿Cuántas horas rezo al día? Solo cuantificando este tiempo, sabremos el lugar que ocupa la oración y Dios mismo en nuestras vidas. Tenemos tantas cosas que hacer, que pensamos que orar es una pérdida de tiempo. ¡Ese es nuestro error! Acordaos del pasaje de Marta y María, cuando Marta se queja a Jesús de que su hermana María no hacía las tareas de la casa, porque se encontraba a sus pies escuchándolo en actitud contemplativa. ¿Qué le dice Cristo a Marta?: «*Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; sólo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será arrebatada*» (Lc 10, 41-42). Es la oración la que sustenta nuestra acción.

Hoy precisamente celebramos la memoria obligatoria de santo Domingo de Guzmán, que fundó a comienzos del siglo XIII la *Orden de Predicadores*. Se podrían subrayar muchos aspectos de su vida; sin embargo, santo Domingo destacó por su profunda vida de oración: pasaba largas horas rezando. De hecho, sus cronistas nos dicen que siempre estaba «*hablando de Dios o con Dios*». Además, también dejó a la Iglesia ese gran don y regalo que es el rezo del Santo Rosario. Tanta importancia daba a la oración que fundó los primeros conventos de dominicas contemplativas, para que, con su oración, sostuviesen la misión apostólica de sus hermanos frailes y la de toda la Iglesia.

En segundo lugar, también es importante la calidad de nuestra oración. Es necesario buscar un tiempo de silencio, delante del Santísimo, para rezar solos, en comunidad o en familia. Todo ello, sabiendo que la oración es poderosa; así

nos lo dice el propio Jesús: «*Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre*» (Mt 7, 7-8). La oración tiene un poder; por eso, Tertuliano en el siglo III dice: «*La oración perdona los delitos, aparta las tentaciones, extingue las persecuciones, consuela a los pusilánimes, recrea a los magnánimos, conduce a los peregrinos, mitiga las tormentas, aturde a los ladrones, alimenta a los pobres, rige a los ricos, levanta a los caídos, sostiene a los que van a caer, apoya a los que están en pie*» (Tratado sobre la Oración, 28-29).

¡Qué importante es la oración de intercesión! Rezar por las intenciones de la Iglesia, por las necesidades del mundo, por los difuntos. ¡Hay tantas cosas por las que pedir! De hecho, lo mejor que podemos hacer es rezar unos por otros. Por lo tanto, la verdadera oración nunca nos encierra en nosotros mismos, aislándonos del mundo: la oración cristiana, a diferencia de otras técnicas de meditación, nos saca de nosotros mismos, uniéndonos a Dios y al prójimo; la oración no es una simple técnica de relajación, aunque en ella encontremos nuestro descanso en Cristo Jesús.

Y todo ello, precedido por una oración de acción de gracias: es la primera y más importante oración. Ante todo, tenemos que dar gracias a Dios por los todos bienes que nos otorga: empezando por el don de la vida y siguiendo por la familia, el trabajo, el pan de cada día, la Iglesia, la fe. Tenemos mucho que pedir, pero también mucho que agradecer: no nos fijemos únicamente en las cosas que nos faltan, sino en aquello que tenemos y no valoramos. ¡Desgraciadamente en el mundo hay muchas personas que carecen de todas estas cosas!

Por esta razón, desde mi experiencia, el mejor momento del día para la oración es la mañana: por la tarde tenemos muchas cosas que hacer; por la noche ya estamos cansados. En cambio, por la mañana, si tenemos la disciplina de levantarnos un poco antes, encontraremos ese tiempo de calidad, ya que todo está en silencio y nos encontramos descansados. Esa «*oración mañanera*» nos servirá de sustento para el resto del día, fortaleciendo nuestra vida espiritual y nuestras obras. A este respecto, san Isidoro de Sevilla decía: «*Que las obras se apoyen en la oración, y la oración en las obras*» (Sentencias III, 7, 18).

Y en nuestra oración no nos olvidemos nunca de la Virgen María: ella no solo enseñó a rezar a su Hijo y oró con los apóstoles, sino que sigue rezando por nosotros. En la Virgen de los Reyes tenemos una gran intercesora, que vela por nuestra Iglesia y ciudad de Sevilla; así se lo decimos en esta novena: «*Imploramos madre tu ayuda. Virgen de los Reyes intercede por nosotros*».

Oración de los fieles Por los jóvenes

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios, diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Por los jóvenes, para que vivan su vocación cristiana con decisión y alegría; por los frutos de los últimos encuentros juveniles. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Para que la esperanza en Cristo llene de sentido la vida de nuestros jóvenes y comprendan la grandeza de la entrega a los demás. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Por los jóvenes que empiezan a amar, para que entiendan el verdadero sentido del amor cristiano. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Por los jóvenes cofrades, para que encuentren en el II Congreso de Hermandades y Piedad Popular, próximo a celebrar en Sevilla, la mejor guía para su vocación cristiana, con mayor sentido de lo trascendente. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Tú que quieres lo mejor para nosotros, tus fieles, concédenos el fin de la pertinaz sequía y de las guerras. Imploramos, Madre, tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

6. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Dios todopoderoso, rico en misericordia,
que desde la eternidad elegiste
en la aurora de los siglos
para Madre de tu Hijo a la Santísima Virgen María,

te rogamos que, por su intercesión, respondamos, día tras día,
al designio que te has formado de nosotros.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Hermandades invitadas: Hermandad de la Soledad de Cantillana y Hermandad Sacramental de Nuestra Señora de la Estrella de Coria del Río.



Cuarto día
Viernes, 9 de agosto de 2024

La Humildad



Fiesta de santa Teresa Benedicta de la Cruz, virgen y mártir. Patrona de Europa

Primera lectura

Os 2, 16b. 17de. 21-22

Me desposaré contigo para siempre

De la profecía de Oseas.

«La llevo al desierto, le hablo al corazón. Allí responderá como en los días de su juventud, como el día de su salida de Egipto. Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura, me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor».

Salmo responsorial

Sal 44

R. Escucha, hija, mira: inclina el oído.

Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna;
prendado está el rey de tu belleza:
póstrate ante él, que él es tu señor.

R. Escucha, hija, mira: inclina el oído.

Ya entra la princesa, bellísima,
vestida de perlas y brocado;
la llevan ante el rey, con séquito de vírgenes,
la siguen sus compañeras.

R. Escucha, hija, mira: inclina el oído.

Las traen entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real.
«A cambio de tus padres tendrás hijos,
que nombrarás príncipes por toda la tierra».

R. Escucha, hija, mira: inclina el oído.

Evangelio

Mt 25, 1-13

¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!

Del Evangelio según san Mateo.

«Entonces se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se provieron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: “¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”. Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”. Pero las prudentes contestaron: “Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”. Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”. Pero él respondió: “En verdad os digo que no os conozco”. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

Homilía La Humildad

Querido señor arzobispo, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, delegado diocesano de Pastoral Juvenil y jóvenes de nuestra Archidiócesis, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

En tercer lugar, para seguir ascendiendo, es necesaria la humildad. De hecho, en nuestra vida cristiana, para subir es necesario bajar. Así lo señala el propio Cristo al presentar las condiciones del seguimiento: *«Pero muchos primeros serán últimos y muchos últimos primeros»* (Mt 19, 30); una misma realidad que también describe con estas otras palabras: *«Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido»* (Lc 14, 11). ¡Qué gran verdad contienen estas afirmaciones! ¡Cuando verdaderamente somos los últimos, ya no podemos bajar más, solo nos queda subir!

Por eso, ante la petición de la madre de los hijos de Zebedeo y viendo que entre los apóstoles existían disputas por los primeros puestos, Cristo les dice: *«El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo»* (Mt 20, 26-27). Precisamente, este es el gran testamento que Cristo les deja a los suyos cuando, adoptando la condición de siervo, les lava los pies en la última cena: *«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis»* (Jn 13, 12-15). Por lo tanto, sin humildad no se puede seguir a Cristo; sin humildad no se puede vivir el Evangelio.

Por esta razón, es importante saber diferenciar la verdadera de la falsa humildad. Es muy fina la línea que separa a ambas. De hecho, nuestra humildad es falsa cuando se sustenta en nuestro propio orgullo o arrogancia.

Así pues, en primer lugar, la verdadera humildad consiste en ser obedientes a Dios. El humilde siempre busca hacer la voluntad de Dios. Así lo decimos en el Padrenuestro: *«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»* (Mt 6, 10). Aunque Cristo nos indicaba ayer que debemos pedir con insistencia, nuestra oración siempre ha de terminar diciendo: *«Hágase tu voluntad»* (cf. Mt 6, 10). Así lo hace el propio Jesús en Getsemaní: *«Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz;*

pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42). Tenemos que confiar en Dios. Por eso, cuando le pidamos algo y no nos lo conceda, no pensemos que no nos escucha: él sabe lo que verdaderamente nos conviene; él, mejor que nadie, sabe cómo, cuándo y dónde otorgarnos lo que le pedimos. Por consiguiente, ser obediente a Dios significa negarnos a nosotros mismos, sometiendo nuestra voluntad a la suya. Así nos lo recuerda Cristo: *«Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mc 8, 34).*

En segundo lugar, la humildad siempre considera superiores a los demás: el humilde nunca considera inferior al prójimo, el humilde no desprecia a nadie; al contrario, sabe percibir los dones que Dios ha puesto en cada persona; sabe que cualquiera le puede dar una lección; sabe que todos le pueden enseñar algo. Por eso, el humilde no tiene envidia, ni actúa por rivalidad. Así lo expresa san Pablo, dirigiéndose a los Filipenses: *«Manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros» (Flp 2, 2-3).*

En tercer lugar, la humildad ama la justicia. De hecho, el humilde es justo. Resulta complicado poner en práctica la justicia: nos cuesta ser ecuánimes e imparciales, ya que nos dejamos llevar por nuestros intereses y conveniencia; por nuestras simpatías y antipatías; por la acepción de personas por su condición social, económica o su influencia para conseguir beneficios personales. En cambio, el humilde sabe reconocer su error, aspira siempre a la verdad y busca el interés de los demás y no el propio; por eso, es también misericordioso y ama a su prójimo. Así nos lo muestra la primera carta del apóstol san Juan: *«En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano» (1 Jn 3, 10).*

Por último, la humildad siempre está dispuesta a cargar con la cruz de cada día. El humilde no se rebela, ni protesta contra Dios en los momentos de prueba o tribulación; al contrario, en la dificultad, se une más íntimamente a Cristo crucificado. Con frecuencia, muchas personas me preguntan qué penitencias pueden hacer: yo siempre les digo que no realicen ninguna; que simplemente acepten y abracen con amor las cruces de cada día. ¡Es la mejor y mayor penitencia que podemos ofrecer a Dios!

Por eso, nos dice Cristo: *«Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mt 11, 29).* El reverso de la humildad es la soberbia. Precisamente, es nuestra soberbia, nuestra altivez y deseo de ser preferidos a otros, la que impide que nuestra alma descanse, sumergiéndola en una profunda queja por no ser

considerado o valorado por los demás. Y ¿por qué nos quejamos? Porque tenemos expectativas; porque esperamos que los demás estén pendientes de nosotros, nos valoren, nos consideren y nos den el lugar que nosotros creemos merecer; y cuando esto no se produce, nos enfadamos, llenando nuestra alma de amargura. Por ello, solo descansa quien da sin esperar nada a cambio, es decir, quien espera solo en el Señor. Así nos lo decía santa Teresa de Ávila: *«Nada te turbe, nada te espante; todo se pasa. Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta»* (Poesías, 30).

La diferencia entre la soberbia y la humildad aparece perfectamente expresada en la parábola del fariseo y el publicano (cf. Lc 18, 9-14): el fariseo representa la soberbia, se considera superior, perfecto, su propio salvador; el publicano representa la humildad, se reconoce pecador, inferior y necesitado de la salvación de Dios. Ser humilde, como el publicano, es desear lo último, pero ¡de verdad y no quejándonos en nuestro interior porque no nos consideran o no nos han dado el lugar que merecemos!

Hoy celebramos la fiesta de Santa Teresa Benedicta de la Cruz. Ella es una de las cinco vírgenes prudentes del Evangelio (cf. Mt 25, 1-13). Precisamente su lámpara fue la humildad: por humildad, se convirtió del judaísmo al catolicismo; por humildad, siendo profesora de filosofía, buscó la verdad hasta encontrarla en Cristo; por humildad, abrazó la vida contemplativa como carmelita descalza, uniéndose a Cristo crucificado y humillado; por humildad, entregó su vida, muriendo mártir, en el campo de concentración de Auschwitz en Polonia.

Precisamente la virgen por excelencia es María, Nuestra Señora de los Reyes. Ella no solo es la *«mujer orante»*, sino también la *«mujer humilde»*, al presentarse a Dios, tras las palabras del ángel Gabriel, como esclava: *«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»* (Lc 1, 38); y de nuevo, en Magníficat, dirá: *«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su esclava»* (Lc 1, 46-47). La Virgen María experimentó que Dios verdaderamente enaltece a los humildes y humilla a los soberbios; por eso, a continuación, también afirmará: *«dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos»* (Lc 1, 51-53).

Sí, ¡María es Reina! De hecho, las palabras de su altar *«Por mí reinan los reyes»* (Prov 8, 15), aunque están referidas a Cristo en primera persona, también aluden a la Virgen María. Por eso, ella se convirtió en protectora y valedora de los reyes; pero su corona es la humildad, su manto el servicio y su cetro, como cantamos en

su himno, el amor. ¡No podría ser de otro modo, ya que es vestida por las Hermanas de la Cruz!

¡Qué gran Reina y Señora tenemos! Ella es la Reina que se proclama esclava de Dios y de los hombres. ¡Que también nosotros nos distingamos por la humildad, eliminando nuestro orgullo y soberbia! En resumen, cuanto más bajemos, más ascenderemos.

Oración de los fieles Por los enfermos e impedidos

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios, diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Dios todopoderoso, tú que quisiste que María fuese a visitar y servir a su prima Isabel, acuérdate de nuestros enfermos y afligidos; haz que tengamos hacia ellos una postura de servicio, ayuda y comprensión. Imploramos, Madre, tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Tú que fortaleciste a María al pie de la cruz y la llenaste de gozo en la resurrección, levántate y fortalece la esperanza de los decaídos; acuérdate también de todos los que sufren los efectos de la guerra cruel, en su salud o en los aspectos económicos y de bienestar. Imploramos, Madre, tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Tú que has hecho de María nuestra Madre querida, bendice los trabajos del II Congreso de Hermandades y Piedad Popular, para que produzcan los mejores frutos. Imploramos, Madre, tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Tú que dominas el cielo y la tierra, concédenos el fin de la pertinaz sequía. Imploramos, Madre, tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Tú que has coronado a María como Reina del cielo, haz que nuestros hermanos difuntos puedan alcanzar con todos los santos la felicidad de tu Reino. Imploramos, Madre, tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

6. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Oh Dios, tú que has preparado en el corazón de la Virgen María

una digna morada al Espíritu Santo,
haz que nosotros, por intercesión de Nuestra Señora de los Reyes, lleguemos a
ser templos dignos de tu gloria.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Delegaciones diocesanas invitadas: Delegación diocesana de Pastoral Juvenil y jóvenes de nuestra Archidiócesis de Sevilla.



Quinto día
Sábado, 10 de agosto de 2024

La Santidad

XIX Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

Primera lectura

1 Re 19, 4-8

Con la fuerza de aquella comida, caminó hasta el monte de Dios

Del primer libro de los Reyes.

Luego anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose bajo una retama, imploró la muerte diciendo: «¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!». Se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y dijo: «Levántate y come». Miró alrededor y a su cabecera había una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse. El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: «Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo». Elías se levantó, comió, bebió y, con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Salmo responsorial

Sal 33

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloría en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias.

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen
y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él.

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Segunda lectura

Ef 4, 30 – 5, 2

Vivid en el amor como Cristo

De la carta del apóstol san Pablo a los Efesios.

No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo. Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor.

Evangelio

Jn 6, 41-51

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo

Del Evangelio según san Juan.

Los judíos murmuraban de él porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y

a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?». Jesús tomó la palabra y les dijo: «No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Homilía La Santidad

Querido señor obispo auxiliar, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, Hermandad de la Vera Cruz de Huévar del Aljarafe, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

En el día de ayer os mostraba la importancia de la humildad para ascender en nuestra vida espiritual, ya que solo bajando podemos subir a Dios. A este respecto, son muy oportunas las palabras de santa Ángela de la Cruz: *«Yo echaba una mirada a mi vida, y aquí me confundía de lo que Dios me daba a conocer que había faltado; porque estas palabras “en la humillación está la exaltación; y en el bajar está el subir; y en la pobreza están las riquezas”, eran tan familiares en mí. Que siempre las estaba repitiendo, y no de rutina, sino comprendiendo todo lo que eso abarca y quería decir»* (Escritos íntimos, 495).

Pero, junto a la humildad, también es necesario eliminar todo aquello que nos estorba y nos lastra en nuestra subida. En efecto, para ascender debemos ir ligeros de equipaje y llevar solo lo imprescindible; así nos lo dice el Señor: *«Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevarsen sandalias, pero no una túnica de repuesto»* (Mc 6, 8-9).

A la luz de estas palabras, resulta evidente que el pecado es el mayor lastre que nos impide ascender a Dios; por eso, el pecado no es la simple trasgresión de un mandamiento o norma: esto sería una concepción meramente legalista. El pecado es algo más profundo: es la ruptura de mi relación con Dios y con los hombres, impidiéndome amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a mí mismo (cf. Mt 22, 39-40; Mc 12, 29-30; Lc 10, 27); por lo tanto, el pecado nos esclaviza, nos encadena a la tierra, haciéndonos mundanos, terrenales e impidiendo nuestra progresión y crecimiento en la perfección cristiana.

De ahí, la importancia de no dar cabida en nosotros al pecado, para vivir en la santidad. Muchas veces nos acostumbramos a convivir con nuestros pecados: en no pocas ocasiones, nos resulta indiferente vivir en gracia o en pecado, volviéndonos tibios y mediocres. No hemos sido llamados a la tibieza. ¡Dios la rechaza! Así lo podemos leer en el libro del Apocalipsis: *«Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca»* (Ap 3, 15-16).

Por consiguiente, Dios nos llama a luchar contra el pecado por pequeño que sea; Dios nos exhorta a aspirar siempre a la perfección y a la santidad; Dios nos invita a vivir permanentemente en su gracia. Así nos lo sugiere Cristo: *«Por lo tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»* (Mt 5, 48); querer ser perfectos es mantener siempre encendido el deseo de ascender, cada vez más alto, en nuestra vida cristiana. Por eso, no podemos ser mediocres: Dios no se lo merece; tampoco se lo merecen muchos hermanos nuestros que están entregando su vida en otras partes del mundo, sufriendo persecución, cárcel y martirio por causa de su fe. ¡No seamos cristianos del primer mundo, acomodados en nuestro bienestar!

Así pues, en el día de hoy os invito a contemplar a nuestra Madre, la Virgen de los Reyes, como la toda santa, inmaculada, pura y limpia, sin mancha, ni arruga; o como nos dice también el libro del Apocalipsis: *«vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza»* (Ap 12, 1). Y contemplándola, sintamos el deseo ardiente de aspirar a la santidad, apartándonos del pecado: ella tampoco se merece nuestra tibieza.

Por ello, en primer lugar, Dios nos invita a la conversión y a reconocernos pecadores. Sin embargo, esto no resulta fácil, debido tres razones fundamentales:

En primer lugar, porque nos cuesta ver nuestro propio pecado. Sin embargo, vemos rapidísimamente y con gran habilidad el pecado del prójimo; vemos la paja en el ojo del hermano y no vemos la viga que hay en el nuestro (cf. Mt 7, 3-5; Lc 6, 41), ya que, en el fondo, nos creemos perfectos, superiores y mejores a los demás.

En segundo lugar, porque también nos cuesta arrepentirnos. De hecho, rápidamente caemos en la autojustificación, pensando que tenemos la razón. Seamos humildes y reconozcamos que no somos perfectos, que también nos equivocamos y pecamos. ¡No pasa nada por pedir perdón a Dios y al prójimo! ¡No existe nada que nos pueda liberar más!

En tercer lugar, porque exige un cambio radical de vida. Estamos llamados a una conversión real y concreta que se plasme en nuestras palabras y acciones diarias. Solo así estaremos reconociendo verdaderamente nuestro pecado, nuestro arrepentimiento y nuestro deseo de ser santos; de lo contrario, se quedaría en una simple buena intención, que no llega a hacerse realidad. De ahí, la importancia de la colaboración de nuestras obras con la gracia divina. Sería conveniente que en estos días hiciésemos examen de conciencia y nos acercásemos al sacramento de la penitencia, para experimentar la gracia y

misericordia de Dios Padre, que nos ama y perdona nuestros pecados, para que seamos santos como él es santo (cf. Mt 5, 48).

Y desde aquí surge la pregunta inevitable: ¿Qué es la santidad?

Ante todo, la santidad no es algo que no tengamos y que debamos alcanzar por medio de nuestros méritos. La santidad es una gracia que hemos recibido en el bautismo y que estamos llamados a conservarla y hacerla crecer. De hecho, en nuestro bautismo, nos impusieron las vestiduras blancas, con el encargo de mantenerlas siempre limpias de toda mancha de pecado.

La santidad tampoco es hacer cosas extraordinarias. En muchas ocasiones, pensamos que la santidad solo se puede vivir en momentos puntuales y especiales. Si pensamos así, estamos equivocados. La santidad se ha de vivir en la vida ordinaria: en el trabajo, en nuestras responsabilidades, en el estudio, en la familia, es decir, con las personas con las que convivo en mi día a día. ¡Es lo pequeño y cotidiano lo que tenemos que hacer grande!

La santidad tampoco es hacer cosas extrañas. ¡Cuando veáis a alguien hacer cosas raras, ponedlo bajo sospecha! Todos, también los cristianos, podemos caer en la tentación de hacer cosas extravagantes para llamar la atención. No hay nada más hermoso que ser normales, mostrándonos cercanos y naturales con los demás.

Por último, la santidad tampoco es huir del mundo. Los cristianos solemos hacer un análisis muy negativo del mundo, percibiéndolo como el culpable del pecado y de todos los males. Es evidente que no podemos ser ingenuos y negar que el mal existe, pero tampoco podemos caer en un maniqueísmo que nos lleve a apartarnos del mundo. ¡Los cristianos no somos del mundo, pero tenemos que estar en el mundo! De lo contrario, sería imposible construir el Reino de Dios.

Esta santidad es la que vivió la Virgen María. Dios nos llama a todos a ser santos, a ser perfectos: no solo a los sacerdotes, frailes o religiosas, sino a todos los bautizados. Así nos lo recuerda Santa Madre María de la Purísima: *«La vida interior está hecha de muchos actos pequeños de amor en los que podemos ser fieles: espíritu de mortificación, puntualidad en el trabajo, amabilidad en el trato, orden y cuidado en los instrumentos de trabajo, saber dar las gracias, no criticar, no ser susceptible, pedir por quien lo necesite. Así se puede manifestar la caridad; cosas pequeñas que están al alcance de todos»* (Escrito inédito).

¡La santidad es alcanzar la perfección en la caridad! Así pues, no seamos permisivos y luchemos contra la tentación, para vivir en la gracia de Dios. Cristo rompió las ataduras del pecado y las cadenas de la muerte, para hacernos verdaderamente libres en su gracia. Le pedimos a la llena de gracia, a Nuestra Señora de los Reyes, que nos ayude a amar y ascender siempre a Dios. ¡Que todo lo que nos toque vivir, bueno o malo, siempre nos haga mejores y más santos!

Oración de los fieles Por las familias

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios, diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Señor Jesucristo, que quisiste convivir en una familia humana, acuérdate de nuestras familias, de sus relaciones, de sus problemas. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Tú que amaste a tus padres y fuiste amado por ellos, afianza a todas las familias en el amor y la concordia; y que nuestros abuelos planten y cultiven las más fructuosas raíces de nuestra piedad popular. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Maestro de hombres, enseña a los padres de nuestras familias a educar para el bien, en la santa libertad a sus hijos; y a los hijos, el respeto y la obediencia legítima a sus padres. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Jesús, Hijo de la Sagrada Familia de Nazaret, te pedimos que nuestras familias ofrezcan a la Iglesia sus mejores hijos para el sacerdocio y la vida consagrada. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Tú que nos amas infinitamente, apiádate de nosotros: aleja la sequía que nos afecta, con una abundante lluvia oportuna y otórganos una paz beneficiosa en las guerras. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

6. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Te rogamos, Señor, por intercesión de Nuestra Señora de los Reyes,

que defiendas a nuestras familias de todo mal;
y, pues de todo corazón nos postramos ante ti,
concédenos vivir en tu paz.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Hermandades invitadas: Hermandad de la Vera Cruz de Huévar del Aljarafe.



Sexto día
Domingo, 11 de agosto de 2024

La Comida

XIX Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

Primera lectura

1 Re 19, 4-8

Con la fuerza de aquella comida, caminó hasta el monte de Dios

Del primer libro de los Reyes.

Luego anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose bajo una retama, imploró la muerte diciendo: «¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!». Se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y dijo: «Levántate y come». Miró alrededor y a su cabecera había una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse. El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: «Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo». Elías se levantó, comió, bebió y, con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Salmo responsorial

Sal 33

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloría en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias.

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen
y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él.

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Segunda lectura

Ef 4, 30 – 5, 2

Vivid en el amor como Cristo

De la carta del apóstol san Pablo a los Efesios.

No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo. Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor.

Evangelio

Jn 6, 41-51

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo

Del Evangelio según san Juan.

Los judíos murmuraban de él porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y

a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?». Jesús tomó la palabra y les dijo: «No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Homilía

La Comida

Querido señor obispo auxiliar, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, Hermandad de la Soledad de Marchena, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Resulta evidente que subir produce fatiga: todos nosotros, como el profeta Elías, hemos experimentado el cansancio. Cuando subimos un monte, nos cansamos antes, debido al mayor esfuerzo que tenemos que realizar. Pero este hecho no solo se produce a nivel físico, sino también a nivel espiritual. Así nos lo recuerda Cristo: *«Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas»* (Mt 11, 29). No solo se cansa nuestro cuerpo, sino también nuestra alma; por eso, es necesario tomar el alimento conveniente, para que ambas realidades, cuerpo y alma, recobren las fuerzas y las energías perdidas.

Sin embargo, esto tampoco es fácil, ya que hoy existe una concepción del hombre muy determinada. Actualmente la antropología reduce al hombre a materia, a simple cuerpo, negando su realidad espiritual, es decir, su alma: la ciencia afirma que el hombre es simplemente cuerpo y mente, reduciendo esta última a una serie de redes neuronales localizadas en el cerebro. Lo mismo ocurre en nuestra sociedad, donde impera un mero materialismo: nunca, como ahora, se ha dado tanto culto al cuerpo (todo el mundo va al gimnasio, cuida escrupulosamente su alimentación y quiere ser joven); y nunca, como ahora, ha existido un consumismo tan agresivo, donde continuamente se nos esté invitando a comprar y vender (las rebajas, el coche, los viajes, el último modelo de móvil).

Pero lo verdaderamente preocupante es que pongamos nuestra felicidad en estas cosas. Hoy existe un manifiesto olvido y negación del alma: tenemos que cuidar, sin obsesionarnos, de nuestro cuerpo; pero también tenemos que cuidar de nuestra alma. De hecho, el alma también enferma y su enfermedad más grave, como veíamos ayer, es el pecado. Por eso, tenemos que acudir a Cristo, el único médico que tiene poder para curar cuerpo y alma; pero también tenemos que recurrir a la Virgen María, la divina enfermera que nos cuida y asiste en nuestras dolencias. La resurrección de Jesucristo nos revela que el cuerpo y el alma están llamados a participar de la vida divina: un hombre que fuese solo cuerpo, estaría abocado a la nada después de la muerte.

Así pues, en primer lugar, es necesario alimentarnos con la Palabra de Dios. Existen diversos pasajes bíblicos que nos presentan la Palabra de Dios como alimento: el profeta Jeremías, por ejemplo, nos dice: *«Si encontraba tus palabras, las devoraba: tus palabras me servían de gozo, eran la alegría de mi corazón, y tu nombre era invocado sobre mí, Señor Dios del universo»* (Jr 15, 16); por su parte, el libro del Apocalipsis también afirma: *«Tomé el librito de mano del ángel y lo devoré; en mi boca sabía dulce como la miel, pero, cuando lo comí, mi vientre se llenó de amargor»* (Ap 10, 10); y el propio Cristo, tras ser tentado por el diablo en el desierto, exclama: *«Está escrito: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”»* (Mt 4, 4; Lc 4, 4). Aquí, también tenemos a la Virgen María como maestra: ella es la *«mujer obediente»* que escuchó la Palabra de Dios y la puso por obra. De hecho, san Agustín de Hipona afirma que María concibió la Palabra de Dios en su seno virginal, porque previamente la concibió en su mente y en su corazón (cf. Sermón 72 A, 7). Por eso, el propio Cristo refiriéndose a su Madre dirá: *«Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen»* (Lc 11, 28).

¡Necesitamos alimentarnos con la Palabra de Dios! San Isidoro de Sevilla distinguía entre la *«oratio»* y la *«lectio»*, es decir, entre la *«oración»* y la *«lectura»*, afirmando que con la *«oratio»* nosotros hablamos a Dios y con la *«lectio»* Dios nos habla a nosotros (cf. Sentencias III, 8, 2). Es importante que tengamos un contacto frecuente con la Palabra de Dios, que leamos y recemos con la Sagrada Escritura. Por ello, para vuestra oración, os propongo el método de la *«lectio divina»*, de una larga y arraigada tradición en la Iglesia: sus distintos pasos *«lectio»*, *«meditatio»*, *«contemplatio»*, *«oratio»* y *«actio»* son como una escalera que nos permiten profundizar en el conocimiento de Cristo. De ahí que san Jerónimo afirmase que ignorar la Sagrada Escritura es ignorar al propio Cristo (cf. Comentario al profeta Isaías, Prólogo).

En segundo lugar, también es alimento el cuerpo y la sangre del Señor. Así lo afirma Cristo en el Evangelio de hoy: *«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo»* (Jn 6, 51). El cuerpo de Cristo es verdadera comida y la sangre de Cristo es verdadera bebida que nutren nuestro cuerpo y nuestra alma. Hoy se dice que *«somos lo que comemos»*. Esta afirmación se cumple especialmente en la comunión eucarística: cuando comemos el simple alimento material, este es asimilado por nuestro organismo a través de la digestión; sin embargo, cuando comulgamos el cuerpo y la sangre de Cristo, somos nosotros los asimilados a Cristo, siendo transformados según su modelo, según su imagen.

Una vez más, la Virgen María, Nuestra Señora de los Reyes, nos hace descubrir la centralidad que tiene la eucaristía en nuestra vida cristiana. María, como afirmó san Juan Pablo II, también es la «*mujer eucarística*», ya que hizo de su vida una oblación, una alabanza y una acción de gracias a Dios (cf. Ecclesia de Eucharistia, 53). Del mismo modo que la eucaristía y la Iglesia son inseparables, tampoco es posible separar la eucaristía de la Virgen María: así lo estamos celebrando en esta novena.

De ahí que la eucaristía ocupe un lugar central en la vida de la Iglesia y del cristiano: el Concilio Vaticano II afirmó que «*la eucaristía es fuente y cumbre toda la vida cristiana*» (Lumen Gentium, 11). Por lo tanto, la vida de todo cristiano tiene que ser profundamente eucarística. Resulta absurda la afirmación «*cristiano no practicante*» para señalar que no vamos los domingos a misa; nuestra fe, además de ser profesada y vivida, también necesita ser celebrada: la eucaristía es una realidad esencial, no accidental, en la vida del creyente.

Por eso, tenemos que purificar nuestra manera de celebrar la eucaristía:

En primer lugar, no podemos reducir celebración de la eucaristía a una simple devoción privada: no debemos celebrarla como un mero acto de piedad individual. Aunque asista una sola persona, la eucaristía es una celebración profundamente eclesial: en ella nos sentimos unidos a toda la Iglesia como comunidad cristiana que celebra gozosamente su fe. Por eso, es importante celebrar la eucaristía en nuestra parroquia o en nuestra comunidad de referencia.

En segundo lugar, la celebración de la eucaristía nunca es pasiva. Por lo tanto, también resulta errónea la afirmación «*voy a escuchar misa*». ¡No vamos a escuchar misa, sino a celebrar la misa! ¡Todos celebramos! Así lo dice el presidente: «*Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre Todopoderoso*» (Missale romanum: ordo missae, 29). El obispo o el presbítero, por el sacerdocio ministerial, celebra como Cristo cabeza; la asamblea, por el sacerdocio común de los fieles, celebra como Cristo cuerpo. ¡Es Cristo entero, cabeza y cuerpo, quien celebra! Así pues, como afirma el Concilio Vaticano II, la celebración litúrgica y sacramental exige una participación plena, activa y consciente (cf. Sacrosanctum Concilium, 11. 14. 19. 21. 27. 30. 41. 48. 50. 79. 113. 114. 121. 124).

Por último, la celebración eucarística no es un simple precepto. Sin embargo, todavía hay personas que preguntan si la misa va a durar mucho tiempo, con el único fin de cumplir con el precepto dominical. ¡No podemos reducir la eucaristía a un mero cumplimiento! Cuando la Iglesia afirma que celebrar la eucaristía todos

los domingos y fiesta de guardar es precepto, nos está mostrando que esta realidad es esencial para nuestra vida cristiana; por lo tanto, el siguiente paso sería que nosotros descubriésemos su necesidad, incluso de la eucaristía diaria.

En el rito hispano-mozárabe, antes de la comunión, se dice «*lo santo para los santos*» (Missale Hispano-Mozarabicum: ordo missae, 40). ¡Recordemos siempre que «*somos lo que comemos*»! ¡Comamos y bebamos, como Elías, para subir al monte!

Oración de los fieles Por el mundo del trabajo

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios, diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Señor Jesucristo, enséñanos a trabajar con empeño en nuestras propias tareas y que sepamos entender nuestro trabajo como un servicio a los hermanos. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Hijo del carpintero, enséñanos a respetar y amar profundamente el mundo del trabajo, y tú que sufriste una vida de pobreza y escasez de medios, acuérdate de las familias de nuestros trabajadores en paro. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Maestro sapientísimo, inspira a los que trabajan en el II Congreso de Hermandades y Piedad Popular, para que puedan ofertar a los participantes y a todos los fieles las mejores consignas apostólicas. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Tú que conociste el dolor de tener que vivir en un país extranjero, acuérdate de los que viven lejos de su familia y de su patria. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Señor Jesucristo, acuérdate de los que sufren los malos efectos de la guerra que nos abruma; concédenos un final feliz. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

6. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Señor Dios, creador de todas las cosas,
que mandaste a los hombres cumplir los deberes del trabajo,
haz que, por tu misericordia y por la intercesión

de la Santísima Virgen de los Reyes,
sirvan nuestras tareas para el progreso humano
y para la extensión del reino de Cristo,
que vive y reina por los siglos de siglos.

R. Amén.

Hermandades invitadas:

Hermandad de la Soledad de Marchena.



Séptimo día
Lunes, 12 de agosto de 2024

La Iglesia

Memoria libre de la Beata Victoria Díez, mártir

Primera lectura

Hch 1, 12-14

Perseveraban en la oración junto con María, la madre de Jesús

De los Hechos de los Apóstoles.

Entonces se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Cuando llegaron, subieron a la sala superior, donde se alojaban: Pedro y Juan y Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.

Salmo responsorial

Sal 86

R. Qué pregón tan glorioso para ti,
ciudad de Dios.

Él la ha cimentado sobre el monte santo;
y el Señor prefiere las puertas de Sion
a todas las moradas de Jacob.

R. Qué pregón tan glorioso para ti,
ciudad de Dios.

¡Qué pregón tan glorioso para ti,
ciudad de Dios!
Se dirá de Sion: «Uno por uno,
todos han nacido en ella;
el Altísimo en persona la ha fundado».

R. Qué pregón tan glorioso para ti,
ciudad de Dios.

El Señor escribirá en el registro de los pueblos:

«Este ha nacido allí».
Y cantarán mientras danzan:
«Todas mis fuentes están en ti».

R. Qué pregón tan glorioso para ti,
ciudad de Dios.

Evangelio

Jn 19, 25-34

Ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre

Del Evangelio según san Juan.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.

Homilía

La Iglesia

Querido señor arzobispo, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, Hermandad del Baratillo, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Ayer os hablaba del cansancio; pues bien, sería normal y muy humano que, a estas alturas de la novena, en este séptimo día, nos sintiésemos cansados. ¡No olvidemos que estamos subiendo y que el esfuerzo es grande! Por eso, quiero comenzar este día con la oración sobre el cansancio que san Manuel González dirige a la Virgen María. Hoy, nosotros se la dirigimos a Nuestra Señora de los Reyes, para que nos sostenga y no permita que desfallezcamos: *«¡Madre Inmaculada! Que no ¡nos cansemos! ¡Madre nuestra! ¡Una petición! ¡Que no nos cansemos! Si, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte, aunque la flaqueza nos ablande, aunque el furor del enemigo nos persiga y nos calumnie, aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos, aunque vinieran al suelo nuestras obras y tuviéramos que empezar de nuevo. ¡Madre querida! ¡Que no nos cansemos!»* (cf. Oración del cansancio a la Virgen María).

Precisamente, para no cansarnos, además de contar con la gracia de Cristo y la intercesión de la Virgen María y los santos, es importante subir acompañados. Nunca debemos subir solos: siempre tenemos que hacerlo como Iglesia, junto a otros hermanos y hermanas que comparten mi misma fe. De hecho, podemos estar tentados de vivir nuestra fe de manera individual: vivimos en una sociedad profundamente individualista, donde estamos demasiados centrados en nosotros mismos, en nuestros problemas, en nuestros intereses, en nuestro divertimento, olvidándonos de las necesidades de los demás; en este contexto, siempre cabe el riesgo de reducir nuestra fe a una mera devoción privada, donde yo rezo, yo voy a misa e incluso yo estudio teología. Pero esto sería un grave error, pues solo podemos vivir la fe en comunión con otros hermanos. ¡No somos eremitas o ermitaños que viven solitarios en el desierto! ¡La fe solo se puede vivir en comunidad! Tan importante es la comunidad que el mismo Cristo afirma que *«donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»* (Mt 18, 20).

La comunidad es signo de la presencia de Cristo: donde está la comunidad, allí está Cristo. Por eso, nuestra fe tenemos que vivirla en la Iglesia. De hecho, otra frase muy desafortunada es *«creo en Cristo, pero no en la Iglesia»*, ya que con esta afirmación se quiere justificar una vivencia individualista y subjetiva de la fe. Pero

carece de todo fundamento: si estamos unidos a Cristo, también tenemos que estar unidos a su cuerpo místico, a la Iglesia; solamente así estaremos acogiendo al Cristo total, cabeza y cuerpo.

La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios, es decir, la gran familia espiritual donde somos hijos de un mismo Padre y donde nos reconocemos como auténticos y verdaderos hermanos; la Iglesia es casa de los que creen en Cristo, donde todos son acogidos y amados. Por eso, san Pablo dirigiéndose a la Iglesia de los Gálatas afirma: *«Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»* (Gal 3, 26-29). De ahí que, dirigiéndose a la Iglesia de los Colosenses, nos exhorte a unas nuevas relaciones basadas en el amor fraterno: *«Ahora en cambio, deshacedos también vosotros de todo eso: ira, coraje, maldad, calumnias y groserías, ¡fuera de vuestra boca! ¡No os mintáis unos a otros!: os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras. Así pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia»* (Col 3, 8-9. 12).

Por lo tanto, como el nuevo Pueblo de Dios, la comunidad eclesial tiene su origen y fundamento en la comunidad trinitaria. Precisamente, en el misterio de la Santísima Trinidad, Dios no se manifiesta como un ser solitario, sino como comunidad y familia. El Espíritu Santo, amor divino, que une al Padre y al Hijo, es también el alma de la Iglesia que hace viva la Palabra de Dios, eficaces los sacramentos y nos une en una fraternidad universal. Si el mal espíritu nos encierra en nuestro egoísmo, el Espíritu Santo nos abre al prójimo. Por ello, la Iglesia no es una mera realidad humana, sino también divina, ya que Cristo se hace presente por medio del Espíritu Santo, llenándola de vida.

Ahora bien, en primer lugar, la comunión con la Iglesia universal y con el papa Francisco se hace concreta y real en la Iglesia local, en nuestra queridísima Iglesia diocesana, es decir, en la Iglesia de Cristo que peregrina en Sevilla. ¡Qué importante es sentirnos pertenecientes a la Iglesia diocesana, en comunión plena con nuestro pastor, con nuestro obispo D. José Ángel y sus obispos auxiliares! De hecho, es en nuestra Archidiócesis donde experimentamos que la Iglesia es *«Madre»*, ya que en ella hemos recibido la nueva vida por el bautismo; que es *«Maestra»*, ya que en ella hemos sido instruidos y formados en la fe; y, por supuesto, que es *«Familia»*, ya que en ella también vivimos como auténticos hermanos, desde la necesaria riqueza, complementariedad y diversidad de sus ministerios, carismas, vocaciones, movimientos, espiritualidades y hermandades.

Por eso, en el día de hoy, os invito a profundizar en la historia de nuestra Iglesia de Sevilla y en las vidas de sus santos: ellos, gracias a sus ejemplos de santidad, nos han transmitido la fe y nos han permitido conocer a Cristo; de ellos hemos recibido el testigo, para que vivamos el Evangelio con radicalidad y lo prediquemos a todos los hombres. ¡En nuestras manos está la responsabilidad de transmitir la fe, las costumbres y las devociones más auténticas de nuestra tradición a las próximas generaciones! Sin duda alguna, en esa historia ocupa un lugar eminente y relevante la Virgen de los Reyes: ella es la patrona principal de nuestra Archidiócesis y de nuestra ciudad de Sevilla; ella, como madre nuestra, siempre está velando, cuidando, protegiendo e intercediendo por esta porción del Pueblo de Dios que su Hijo Jesucristo le ha encomendado especialmente; ella siempre ha acompañado a nuestra Iglesia de Sevilla y a nuestra ciudad en sus momentos de alegría y de tristeza, acogiendo las plegarias y oraciones de todos sus hijos sevillanos. De ahí que Sevilla siempre la haya sentido y recibido como Madre, mostrándole una profunda, sincera y afectuosa devoción y veneración.

Sin embargo, en segundo lugar, también es importante sentirnos pertenecientes a nuestra parroquia. San Juan Pablo II dijo que la parroquia «es *la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres*» (Christifideles Laici, 26-27). Es fundamental que nos preguntemos dónde se encuentra nuestra parroquia, cómo puedo integrarme más en ella, qué necesidades tiene. La parroquia ha de ser una auténtica comunidad de comunidades, que tenga las puertas siempre abiertas, que sea acogedora y siempre en salida, donde sus diferentes grupos se sientan un solo rebaño bajo la guía y cuidado de su párroco. En este sentido, es imprescindible que todos sus miembros sean escuchados y puedan hablar. Por eso, como nos exhorta el papa Francisco, es necesaria una auténtica sinodalidad, donde exista un diálogo abierto y sincero entre todos los miembros de la comunidad parroquial, donde nadie se sienta excluido o marginado, donde existan cauces, para que todos hablen y puedan expresarse: consejos, reuniones, encuentros (cf. Carta del papa Francisco a los párrocos).

Por último, la comunión eclesial también se expresa como colecta. ¡Acordaos de la colecta que san Pablo recaudó para la Iglesia de Jerusalén! (cf. 2 Cor 8-9; 1 Cor 16, 1-4; Gal 2, 10; Rom 15, 25-27; Hch 11, 29-30). Como ya sabéis, la colecta de mañana martes estará destinada a *Regina Mundi*, institución benéfica que tanto bien y amor muestra hacia los más pobres y necesitados de la sociedad. De hecho, sus hermanas, mis queridas hermanas, nos muestran que solo se puede servir a Cristo, sirviendo al prójimo en su necesidad; que lo importante es servir y amar desde la divina providencia. Para esa colecta, tenéis un sobre en vuestros asientos. Os ruego generosidad, que siempre es signo de comunión y fraternidad sincera.

En este sentido, quiero finalizar con las siguientes palabras de san Leandro de Sevilla sobre la unidad de la Iglesia: *«Saltemos de gozo con toda el alma, porque los pueblos que perecían por su afición a la discordia, Cristo los ha unido consigo mismo en la concordia, en una única Iglesia; en la cual el lazo de la caridad los ha vuelto a unir»* (Homilía en alabanza de la Iglesia). Así pues, saltemos de gozo, dando gracias a Dios por el gran don que es la Iglesia.

Oración de los fieles Por la Iglesia diocesana de Sevilla

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios, diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Dios todopoderoso, concede a la Iglesia de Sevilla, digna porción de tu Iglesia universal, a todos sus fieles, movimientos y asociaciones apostólicas, la paz y la perseverancia en una plegaria en común con María. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Acuérdate de nuestro arzobispo José Ángel; de nuestros obispos auxiliares: Teodoro y Ramón y del arzobispo emérito: Juan José; santifica a nuestro clero, para que sepa apacentar a tu grey donde nada les pueda faltar; concédenos también vocaciones sacerdotales y para la vida consagrada. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Tú que nos presentas a María como modelo digno de imitación, haz que, en el II Congreso de Hermandades y Piedad Popular, nuestros movimientos apostólicos y asociaciones religiosas sepan orientar sus compromisos a su luz. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Tú que has dotado a esta Iglesia de Sevilla de una sensibilidad especial en su amor hacia la Virgen María, acuérdate de nuestras hermandades y cofradías, para que sus miembros se afanen en imitar sus virtudes. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Reina de los cielos y de la tierra, líbranos de la sequía que nos afecta y de las guerras amenazantes. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

6. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Oh Dios, tú que has preparado en el corazón de la Virgen María una digna morada al Espíritu Santo, haz que nosotros, por intercesión de Nuestra Señora de los Reyes, lleguemos a ser templos dignos de tu gloria. Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Hermandades invitadas: Hermandad del Baratillo de Sevilla.



Octavo día
Martes, 13 de agosto de 2024

La Caridad

Martes de la XIX Semana del Tiempo Ordinario Feria

Primera lectura

Rom 12, 9-16b

Compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad

De la carta del apóstol san Pablo a los Romanos.

Que vuestro amor no sea fingido; aborreciendo lo malo, apegaos a lo bueno. Amaos cordialmente unos a otros; que cada cual estime a los otros más que a sí mismo; en la actividad, no seáis negligentes; en el espíritu, manteneos fervorosos, sirviendo constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración; compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis. Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y trato unos con otros, sin pretensiones de grandeza, sino poniéndoos al nivel de la gente humilde.

Salmo responsorial

Isa 12, 2-6

R. Es grande en medio de ti el Santo de Israel.

«Él es mi Dios y Salvador;
confiaré y no temeré,
porque mi fuerza y mi poder es el Señor,
él fue mi salvación».

Y sacaréis aguas con gozo
de las fuentes de la salvación.

R. Es grande en medio de ti el Santo de Israel.

«Dad gracias al Señor,
invocad su nombre,
contad a los pueblos sus hazañas,
proclamad que su nombre es excelso».

R. Es grande en medio de ti el Santo de Israel.

Tañed para el Señor, que hizo proezas,
 anunciadlas a toda la tierra;
 gritad jubilosos, habitantes de Sion,
 porque es grande en medio de ti el Santo de Israel.

R. Es grande en medio de ti el Santo de Israel.

Evangelio

Lc 1, 39-56

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

Del Evangelio según san Lucas.

En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abrahán y su descendencia por siempre». María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa.

Homilía La Caridad

Querido señor arzobispo, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, Seminario Metropolitano, Hermandad de la Estrella, Institución Benéfica Regina Mundi, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Por último, es necesaria la caridad. Precisamente, la santidad consiste en alcanzar la perfección en el amor. Como nos dice la primera carta del apóstol san Juan, «Dios es amor» (1 Jn 4, 8. 16); por eso, cuando alcanzamos la cima de nuestra vida espiritual, es decir, cuando nos unimos de manera perfecta a Cristo, nuestro amor logra su plenitud. De nuevo, el ejemplo más claro lo encontramos en la Virgen María: ella subió la montaña para visitar a su prima Isabel (cf. Lc 1, 39); este hecho, aunque parezca irrelevante, es de una gran importancia, ya que nos enseña que solo, amando a los hermanos, podemos subir hasta Dios. ¡Aquí no caben atajos! ¡No podemos amar a Dios, sin amar al prójimo! Por ello, en la primera carta del apóstol de san Juan también se afirma: *«Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos»* (1 Jn 2, 9-11).

Precisamente, el Hijo de Dios al unir, por medio de su encarnación, la naturaleza divina y la naturaleza humana en su única persona divina, ha unido a Dios y a los hombres en una definitiva y eterna alianza. De ahí que ante la pregunta del fariseo sobre cuál es mandamiento principal de la ley, Cristo respondiese uniendo el mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas con el mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos (cf. Mt 22, 37-40; Mc 12, 29-31; Lc 10, 27).

El amor a Dios y al prójimo son inseparables. ¡No caigamos en la tentación de tener una relación exclusiva con Dios, olvidándonos de nuestros hermanos! Por eso, Cristo también nos enseña que, antes de presentar nuestra ofrenda en el altar, debemos reconciliarnos con nuestros hermanos, para que nuestro culto a Dios sea en espíritu y verdad (cf. Mt 5, 23-24; Jn 4, 23): el amor cristiano nunca puede ser teórico y platónico, sino real y encarnado; no podemos amar simplemente con palabras, sino con obras concretas. De hecho, el juicio final será un examen práctico, donde Cristo nos examinará de las obras de misericordia,

mostrándonos que cada vez que socorremos al prójimo en su necesidad, también lo socorremos a él (cf. Mateo 25, 31-46). De ahí que san Pablo, en su himno a la caridad, nos describa el amor a través de conductas concretas que puedan efectuarse en nuestra vida diaria: *«El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca»* (1 Cor 13, 4-8).

Así amó la Virgen de los Reyes: ella nos muestra que el amor a Dios, representado en su subida a la montaña, está unido al amor al prójimo, es decir, al servicio y socorro que presta a su prima Isabel (cf. Lc 1, 39-56). La Virgen María, tras escuchar del ángel Gabriel que sería Madre de Dios, no cae en una *«autocontemplación ensimismada»*, sino que inmediatamente se pone en camino para ayudar a su prima que era anciana y se encontraba embarazada. ¡A la Virgen María no se le caen los anillos! ¡Siempre está dispuesta a amar y a servir a los demás! Desde niño me han impresionado las manos desgastadas de la Virgen de los Reyes: desgastadas por nuestras muestras de devoción y afecto al besarlas; pero también desgastadas de trabajar, servir y ayudar al prójimo. ¡Así fueron verdaderamente las benditas manos de la Virgen María!

De esta forma, poniendo nuestra mirada en Nuestra Señora de los Reyes, hagamos examen de conciencia y preguntémonos cómo es nuestra relación con el hermano necesitado. De hecho, existen tres posturas fundamentales ante el prójimo:

La primera postura es la que afirma *«todo lo tuyo es mío»*. En la parábola del buen samaritano, esta actitud es la que representan los ladrones y bandidos que asaltan y roban a aquel hombre, dejándolo desnudo y malherido al borde del camino (cf. Lc 10, 30). Es la postura del egoísmo, que no se conforma con lo suficiente para vivir, sino que también quiere lo que les pertenece a los otros: el ansia por acumular riquezas es generadora de desigualdades, de una injusta distribución de los bienes, de diferencias entre ricos y pobres.

Ahora bien, con ello no estoy afirmando que la riqueza sea mala; al contrario, sin ella no podríamos vivir. Necesitamos de buenos empresarios que generen riquezas, para que todos los hombres puedan vivir con dignidad. El problema surge cuando esa riqueza se convierte en un ídolo al que le entrego mi corazón, cegándome y haciéndome incapaz de ver al prójimo en su necesidad. De ahí, la importancia de ser pobres, austeros, viviendo únicamente con lo que necesitamos, ahorrando agua, energía, no cayendo en el consumismo y no tirando

comida a la basura; una pobreza que nos ha de llevar a ser generosos y a compartir nuestros bienes con los pobres.

La segunda postura es la que afirma *«tú con lo tuyo y yo con lo mío»*. En la parábola del buen samaritano es la actitud que representan el levita y el sacerdote, ya que, al ver a aquel hombre malherido en el borde del camino, dan un rodeo y se van (cf. Lc 10, 31-32). Es la postura de la indiferencia que no se conmueve ante la necesidad del prójimo. ¡Es el otro gran mal de nuestro mundo! Nos hemos acostumbrado, a través de los medios de comunicación, a ver guerras, pandemias, catástrofes naturales, y nos hemos vuelto insensibles: hemos perdido la capacidad de conmovernos y de llorar ¡Cuántas veces hemos visto a un hermano necesitado y hemos pasamos de largo, sin preguntarle qué te ocurre o cómo te puedo ayudar! ¡Nuestro corazón se ha vuelto de piedra, es decir, duro y frío!

Pero lo peor es que intentamos justificar este comportamiento en los desengaños y traiciones que hemos sufrido de otras personas, y que nos han llevado a decir: *«¡Yo me centro en lo mío y que cada palo aguante su vela!»*. Nada puede justificar este comportamiento. De ahí, la importancia de cuidar nuestro corazón, para que sea verdaderamente un corazón de carne, que se compadece del prójimo.

La tercera postura es la que afirma *«todo lo mío es tuyo»*. Es la actitud del buen samaritano que socorre al hombre malherido, lo cura y paga al posadero todo lo necesario para que se recupere (cf. Lc 10, 33-35); es la postura de la generosidad, que comparte todo lo tiene con el prójimo, dando de lo propio y no de lo que sobra.

Cristo es el buen samaritano que siente lástima por el pueblo extenuado, que llora por la muerte de su amigo Lázaro, que da de comer al hambriento, de beber al sediento, que viste al desnudo, que cura al enfermo, que libera al preso, que carga sobre sus hombros a la oveja malherida y la lleva a verdes praderas para hacerla recostar, que ofrece su vida por nuestra salvación. Por eso, Cristo no mira con desconfianza y se aparta del pobre, no rehúsa comer con pecadores, no juzga, no condena; al contrario, se alegra por cada hombre perdido que recupera, pues su único deseo es que todos se salven y vivan en plenitud.

Así pues, contemplando a Cristo y a la Virgen María, la Iglesia debe ser samaritana y hospitalaria, es decir, hogar y posada donde todos se sientan acogidos: especialmente los parados, los sintechos, los enfermos, los migrantes, los refugiados, los presos. Al igual que para Cristo, también ellos deben ser los preferidos de la Iglesia.

Precisamente, el Beato Cardenal Spínola que renunció al título de Marques de Spínola y que se convirtió en el «arzobispo mendigo y abogado de los pobres», nos recuerda: *«Vivir para Dios y para el prójimo; estar de día y de noche a disposición de todo el que lo necesita; no tener nada propio; luchar incesantemente con los enemigos, y por premio de tanto heroísmo no esperar otro galardón que el testimonio de la buena conciencia y de la bendición de Dios, todo eso no es ya simplemente bello, sino hasta sublime»* (Circular 68). ¡No seamos egoístas, ni indiferente, sino generosos, hospitalarios y caritativos!

Oración de los fieles Por la ciudad de Sevilla y sus pueblos

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios, diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Virgen Santa María, mira a estos tus hijos que desde toda Sevilla y sus pueblos vienen a ti, que te aclaman por patrona, y socorre sus necesidades y ayúdanos; también, para que el II Congreso de Hermandades y Piedad Popular nos sirva para aumentar nuestro amor maternal hacia ti. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Santa Madre de Dios reconoce en nosotros, tus sevillanos fieles, a las eternas generaciones que te felicitan, porque el Señor se fijó en tu humillación como esclava. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Señora de los Reyes acuérdate de nuestro campo, de los trabajadores, de los pobres y de los necesitados, de los inmigrantes que nos llegan; concédenos también, oportunamente, la lluvia y la bonanza de los tiempos. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Reina de los cielos y de la tierra, ayuda con tu protección a nuestras autoridades, para que entiendan su mandato más como un servicio, que como ejercicio de poder. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Reina de los cielos y de la tierra, líbranos de los males de las guerras crueles que nos afectan. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

6. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Dios todopoderoso, que derramaste el Espíritu Santo sobre los apóstoles, reunidos en oración con María, la Madre de Jesús, concédenos, por intercesión de la Virgen, entregarnos fielmente a tu servicio y proclamar la gloria de tu nombre con testimonios de palabra y de vida.
Por Cristo nuestro Señor.

R. Amén

Instituciones y hermandades invitadas: Seminario Metropolitano de Sevilla, Hermandad de la Estrella de Sevilla e Institución Benéfica Regina Mundi.



Noveno día
Miércoles, 14 de agosto de 2024

La Bajada

Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María. Misa de la vigilia

Primera lectura

1 Cron 15, 3-4, 15-16; 16, 1-2

Llevaron el Arca de Dios y la colocaron en el centro de la tienda que David le había preparado

Del primer libro de las Crónicas.

David congregó en Jerusalén a todo Israel para subir el Arca del Señor al lugar que le había preparado. Reunió también a los hijos de Aarón y a los levitas. Luego los levitas levantaron el Arca de Dios tal como lo había mandado Moisés por orden del Señor: apoyando los varales sobre sus hombros. David mandó a los jefes de los levitas emplazar a los cantores de sus familias con instrumentos musicales — arpas, cítaras y platillos— para que los hiciesen resonar, alzando la voz con júbilo. Llevaron el Arca de Dios y la colocaron en el centro de la tienda que David le había preparado. Ofrecieron holocaustos y sacrificios de comunión en presencia de Dios. Cuando David acabó de ofrecerlos, bendijo al pueblo en nombre del Señor.

Salmo responsorial

Sal 131

R. Levántate, Señor, ven a tu mansión,
ven con el arca de tu poder.

Oímos que estaba en Efratá,
la encontramos en el Soto de Jaar:
entremos en su morada,
postrémonos ante el estrado de sus pies.

R. Levántate, Señor, ven a tu mansión,
ven con el arca de tu poder.

Que tus sacerdotes se vistan de justicia,
que tus fieles vitoreen.
Por amor a tu siervo David,

no niegues audiencia a tu Ungido.

R. Levántate, Señor, ven a tu mansión,
ven con el arca de tu poder.

Porque el Señor ha elegido a Sion,
ha deseado vivir en ella:
«Esta es mi mansión por siempre,
aquí viviré, porque la deseo».

R. Levántate, Señor, ven a tu mansión,
ven con el arca de tu poder.

Segunda lectura

1 Cor 15, 54-57

Nos da la victoria por medio de Jesucristo

De la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios.

Y cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: «La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?». El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la ley. ¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!

Evangelio

Lc 11, 27-28

Bienaventurado el vientre que te llevó

Del Evangelio según san Lucas.

Mientras él hablaba estas cosas, aconteció que una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él dijo: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

Homilía

La Bajada

Querido señor arzobispo, señor deán, excelentísimo Cabildo Catedral, hermanos sacerdotes concelebrantes, diáconos permanentes, Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, Hermandad de la Hiniesta, queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Terminamos esta novena. A pesar de haber llegado a la cima en el día de ayer, todos podéis tener la sensación de no haber alcanzado la cumbre definitiva; esto es normal, ya que no dejaremos de ascender hasta que llegemos al cielo: nuestra vida es un continuo subir hasta que alcancemos la vida eterna.

Precisamente, en este último día de la novena tenemos que volver nuestra mirada a su inicio, cuando Cristo se transfiguró delante de sus apóstoles en el monte Tabor, para mostrarles, ante el escándalo de la cruz, su gloriosa resurrección (cf. Mc 9, 2-10). Aquí se descubre la estrecha relación que existe entre la Transfiguración del Señor y la Asunción de la Virgen María. Son dos misterios inseparables: porque Cristo ha resucitado, la Virgen María fue asunta a los cielos en cuerpo y alma.

Por eso, hoy se nos invita, una vez más, a fijar nuestra mirada en el cielo, poniendo nuestra atención en la Virgen María: aquella que se humilló ha sido encumbrada a los cielos; aquella que se proclamó esclava ha sido elevada como Reina y Señora de los Reyes. Al estar en el cielo, de ningún modo se aleja de nosotros; al contrario, se hace más cercana. Cuando estaba en la tierra, sólo podía estar cerca de algunas personas: especialmente de los apóstoles en los inicios de su predicación apostólica; sin embargo, ahora, al estar en Dios y con Dios, la Virgen María está cerca de cada uno de nosotros, conoce nuestro corazón, puede escuchar nuestras oraciones y puede ayudarnos a todos con su bondad materna: ella nos escucha siempre; ella es la madre en quien siempre podemos confiar. Por eso, la Virgen María es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada, así como esperanza y consuelo del pueblo que peregrina en la tierra.

¡Es cierto que se está muy bien con el Señor y su bendita Madre la Virgen de los Reyes! ¡Pero toca bajar! Al igual que Pedro, también podemos tener la tentación de querer construir tres tiendas, para no bajar al mundo con sus problemas, quehaceres y preocupaciones (cf. Mc 9, 5). ¡Eso sería un grave error! Estos días hemos aprendido que para subir hay que bajar; pues bien, ahora que hemos subido, tenemos que bajar de nuevo y poner en práctica todo lo que hemos

aprendido y celebrado durante estos nueve días. De hecho, se sube a la montaña para bajar: los cristianos no podemos huir del mundo; la Iglesia no puede vivir replegada en sí misma o a la defensiva frente a un mundo cada vez más hostil e incómodo para vivir la fe.

Aunque no es del mundo, la Iglesia siempre tiene que estar presente en el mundo, anunciando el Evangelio, haciendo suyas las alegrías y tristezas de los hombres, acogiendo los signos de los tiempos y luchando contra el mal. Tenemos que bajar para transfigurar el mundo, es decir, para iluminarlo con la luz de Cristo. ¡Hay tanto que predicar y hacer! Todo ello, sin nada que temer, sin complejos, con una actitud de diálogo y colaboración mutua, para construir entre todos, creyentes y no creyentes, un mundo mejor.

De lo contrario, estaría faltando a su misión de anunciar el Evangelio. La Iglesia es misionera por naturaleza; por eso, las iglesias no las debemos construir en la cumbre de la montaña, sino en el mundo, para que todos los hombres conozcan a Cristo, se sientan acogidos y puedan vivir con dignidad. ¡Qué importante es la presencia de los cristianos en la vida pública! Solo desde los ámbitos de la política, la economía, la cultura y el arte será posible edificar el Reino de Dios y crear una sociedad más solidaria y justa: nuestro testimonio cristiano no se puede restringir a nuestras parroquias, movimientos o hermandades; también es necesario un testimonio militante del cristiano en el mundo.

Para lograrlo, es necesario recuperar el protagonismo y la participación del laicado, de todos vosotros, en la misión de la Iglesia: el laico, por su dignidad bautismal, es Iglesia, siendo también responsable de su misión evangelizadora, en estrecha colaboración y comunión con sus pastores, los obispos (cf. *Lumen Gentium*, 30-38). Todo ello, dando razones de nuestra esperanza, propiciando un necesario diálogo entre la fe y la razón, alejándonos de cualquier postura fundamentalista, intolerante o intransigente (cf. 1 Pe 3, 15). Para eso, es necesaria una sólida formación teológica: os animo a que estudiéis en nuestra Facultad de Teología, ya que, como afirmaba san Isidoro de Sevilla, «*una vida sin doctrina se vuelve inútil*» (Sentencias III, 36, 1).

Pero también es imprescindible poner en práctica dos virtudes de la Virgen María, que siempre nos deben acompañar en nuestra vida:

La primera virtud es la sonrisa. ¡Seguro que os habéis dado cuenta! ¡La Virgen de los Reyes y el niño Jesús sonríen! Se trata de una iconografía muy original y casi única. De hecho, en Sevilla estamos acostumbrados a contemplar a la Virgen María llorando. En este último día, quedémonos con la sonrisa de María: lloraremos

con los que lloran, pero también riemos con los que ríen. ¡Sonriamos siempre! La sonrisa es poderosa: puede cambiar a una persona que se encuentre triste, abatida o deprimida; además, la ciencia también ha demostrado que la risa es curativa y terapéutica. ¡Qué importante es tener sentido del humor! La sonrisa es la auténtica expresión de la alegría del Evangelio (cf. Flp 4, 4-6).

La segunda virtud son los detalles. La Virgen María es detallista: por eso, guarda todas las cosas en su corazón (cf. Lc 2, 19); por eso, fue a ayudar a su prima Isabel (cf. Lc 1, 39-56); por eso, fue la única en darse cuenta de que faltaba vino en la boda de Caná de Galilea (cf. Jn 2, 1-11). ¡La Virgen María se fija en los detalles y cuida los detalles! Esto nos muestra su inmenso amor: porque solo quien ama, guarda los detalles. De hecho, cuando queremos a una persona, siempre estamos atentos a sus necesidades, para que nada le falte, sea feliz y se sienta acogida. Es importante que cuidemos los detalles: que demos los buenos días, que llamemos a las personas por su nombre, que demos las gracias, que ofrezcamos nuestra ayuda, que hagamos bien nuestras tareas y obligaciones. ¡En estos pequeños gestos mostramos nuestro amor a Dios y al prójimo!

Pero estas dos virtudes no son las únicas. Durante estos días de la novena, hemos podido contemplar otras muchas virtudes de la Virgen María: su profunda humildad, su fe viva, su obediencia ciega, su oración incesante, su negación de sí misma, su pureza absoluta, su amor ardiente, su paciencia heroica, su amabilidad angelical, su sabiduría celestial. Os invito a que las pongáis en práctica, para que no dejéis de aspirar a la perfección y ascender en vuestra vida cristiana. Precisamente la novena empieza cuando finaliza, es decir, cuando volvemos a nuestros quehaceres ordinarios y ponemos en práctica todo lo que hemos vivido durante este tiempo.

Por último, quiero dar las gracias a Dios y a todos vosotros por estos días, ya que en la preparación de la novena existe mucho trabajo oculto y silencioso que siempre debe ser agradecido. ¡Muchas gracias! Todos nosotros, con nuestro pequeño granito de arena, hemos hecho posible que esta novena, un año más, se celebre con solemnidad, devoción y mucho amor. Esto nos enseña que, solo sumando nuestros pequeños talentos, podemos hacer cosas grandes ¡Ojalá todo se hiciese de la misma forma en la Iglesia y en el mundo! No olvidemos que el Reino de Dios se construye desde lo pequeño, como el grano de mostaza o la simple levadura, para hacerse muy grande y acoger a todos los hombres (cf. Mt 13, 31-32. 33; Mc 4, 30-32; Lc 13, 18-19. 20-21).

¡No nos dejemos vencer por el desánimo o la mediocridad! Mañana, como todos los años, la Virgen de los Reyes saldrá en procesión. Os ruego que le pidáis

por nuestra Archidiócesis, por nuestro arzobispo y sus obispos auxiliares, por los sacerdotes, por los diáconos permanentes, por la vida consagrada, por los laicos, por las familias, por los seminaristas, por la Asociación de Nuestra Señora de los Reyes y san Fernando, por las parroquias, por los movimientos, por las hermandades, por el Plan Pastoral Diocesano, por el II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular, pero, sobre todo, por la paz en el mundo. Yo pediré por todos vosotros. ¡Que Dios os bendiga y que la Virgen de los Reyes os guarde siempre!

Oración de los fieles Por la Iglesia universal

Por intercesión de la Santísima Virgen María, imploremos la misericordia de Dios, diciendo:

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

1. Dios todopoderoso protege al papa Francisco y a nuestro arzobispo José Ángel, con sus obispos auxiliares, que tú mismo has elegido para guiar a la Iglesia; inspira también la mejor doctrina a los que preparan el II Congreso de Hermandades y Piedad Popular. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

2. Guarda, Señor, a los sacerdotes y a los miembros de la vida consagrada, para que obtengan la plenitud del amor de Dios y sean fieles a la misión que Cristo les ha encomendado. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

3. Protege a los fieles cristianos, para que, llenos del Espíritu de Dios, continúen como Pueblo de Dios la misión de llevar el Evangelio a todos los ámbitos de la sociedad humana. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

4. Padre eterno, acuérdate de los pueblos que sufren injusticia, hambre o pobreza; líbranos también de los males derivados de la guerra cruel; concédenos una oportuna lluvia, tan deseada en nuestra situación de sequía y admite a todos los difuntos en tu gloria. Imploramos Madre tu ayuda.

R. Virgen de los Reyes, intercede por nosotros.

5. Pídase la gracia que se desea alcanzar.

Dios todopoderoso y eterno,
que has elevado en cuerpo y alma a los cielos
a la Inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo,
concédenos, te rogamos,
que, aspirando siempre a las realidades divinas,

Illeguemos a participar con ella de su misma gloria en el cielo.
Por Cristo nuestro Señor.

R. Amén.

Hermandades invitadas: Hermandad de la Hiniesta de Sevilla.

Bibliografía

Bibliografía fundamental:

AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones (2º): 51-116*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2023.

ANASTASIO SINAÍTA, *Sermón de la Transfiguración del Señor*, Liturgia de las horas IV: Tiempo ordinario Semanas XVIII-XXXIV, Coeditores litúrgicos, Barcelona 1998.

ÁNGELA DE LA CRUZ, *Escritos íntimos*, José María Javierre, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2006.

BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus caritas est*, Roma: www.vatican.va 2005.

CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium, constitución sobre la sagrada liturgia*, Roma: www.vatican.va 1963.

CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium, constitución dogmática sobre la Iglesia*, Roma: www.vatican.va 1964.

CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes, constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, Roma: www.vatican.va 1965.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Missale Hispano-Mozarabicum*, Arzobispado de Toledo 1991.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Sagrada Biblia: versión oficial*, Madrid: www.conferenciaepiscopal.es 2011.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Calendario Litúrgico - Pastoral 2023-2024*, Libros Litúrgicos, Madrid 2023.

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Missale romanum: editio typica tertia*, Roma 2002.

FRANCISCO, *Carta a los párrocos*, Roma: www.press.vatican.va 2024.

ISIDORO DE SEVILLA, *Los tres libros de las Sentencias*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2009.

JERÓNIMO, *Comentario a Isaías* (Libros I-XII), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2007.

JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal Christifideles laici*, Roma: www.vatican.va 1988.

JUAN PABLO II, *Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio*, Roma: www.vatican.va 1996.

JUAN PABLO II, *Carta encíclica Ecclesia de Eucharistia*, Roma: www.vatican.va 2003.

LEANDRO DE SEVILLA, *Homilía en alabanza de la Iglesia*, Ursicino Domínguez del Val, Leandro de Sevilla y la lucha contra el arrianismo, Editorial Nacional, Madrid 1981.

MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA, *Lo que puede un cura hoy*, Edga, Burgos 1979.

MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA, *Oración del cansancio a la Virgen María*, Málaga: www.diocesismalaga.es 2016.

MARÍA DE LA PURÍSIMA, *Escrito inédito*, Sevilla: www.archisevilla.es 1981.

MARCELO SPÍNOLA Y MAESTRE, *Circular 68*, Boletín oficial del Obispado de Coria 339 (1885).

TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, Sígueme, Salamanca 2015.

TERTULIANO, *El Bautismo. La Oración*, Ciudad Nueva, Madrid 2006.

Bibliografía complementaria:

AMATO, Angelo, *Jesús es el Señor*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1998.

ASOCIACIÓN DE EDITORES DEL CATECISMO, *Catecismo de la Iglesia Católica*, Getafe (Madrid) 1992.

BOROBIO Dionisio, *La iniciación cristiana*, Sígueme, Salamanca 2009.

BUENO DE LA FUENTE, Eloy, *Eclesiología*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004.

CALERO, Antonio María, *El laico en la Iglesia. Vocación y misión*. CCS, Madrid 1997.

ESQUERDA BIFET, Juan, *Espiritualidad mariana de la Iglesia. María en la vida espiritual cristiana*, Atenas, Madrid 1994.

FITZMYER, Joseph Augustine, *Teología de San Pablo. Síntesis y perspectivas*, Cristiandad, Madrid 1975.

FORTE, Bruno, *Trinidad Como historia. Ensayo sobre el Dios cristiano*, Sígueme, Salamanca 1988.

GUIJARRO OPORTO, Santiago – SALVADOR GARCÍA, Miguel (eds.), *Comentario al Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1995.

KASPER, Walter, *Introducción a la fe*, Sígueme, Salamanca 1982.

KASPER, Walter, *Sacramento de la unidad: Eucaristía e Iglesia*, Sal Terrae, Santander 2005.

LADARIA, Luis Francisco, *El Dios vivo y verdadero. El Misterio de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2005.

LÓPEZ MARTÍN Julián, *La liturgia de la Iglesia. Teología, historia, espiritualidad y pastoral*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1994.

MIRALLES, Antonio, *El matrimonio. Teología y vida*, Palabra, Madrid 1997.

PONCE CUÉLLAR, Miguel, *María. Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Herder, Barcelona 2001.

PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, Roma: www.vatican.va 2004.

QUASTEN, Johannes., *Patrología: I. Hasta el Concilio de Nicea*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1968; *II. La edad de oro de la literatura patristica griega*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1962; Angelo DI BERARDINO (dir.)

Patrología III. La edad de oro de la literatura patristica latina, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1981; *Patrología IV. Del Concilio de Calcedonia a Beda*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2000.

RATZINGER Joseph, *Escatología. La muerte y la vida eterna*, Herder, Barcelona 2007.

ROYO MARÍN, Antonio, *Teología de la perfección cristiana*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1955.

RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *Las nuevas antropologías. Un reto a la teología*, Sal Terrae, Santander 1983.

RUIZ JURADO, Manuel, *Donde el bajar es subir. Biografía espiritual de santa Ángela de la Cruz*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2003.

Índice general

Presentación	7
Primer día. La Montaña	9
Segundo día. La Vocación	19
Tercer día. La Oración	29
Cuarto día. La Humildad	39
Quinto día. La Santidad	49
Sexto día. La Comida	61
Séptimo día. La Iglesia	73
Octavo día. La Caridad	83
Noveno día. La Bajada	93
Bibliografía	103
Índice general	107



Autor: Antonio Bueno Ávila
Diseño: Salvador Bueno Ávila
Fotografía: Miguel Ángel Osuna
Imprime: Impresiones Ordás
ISBN: 13-978-84-09-672295
Depósito legal: SE-2875-2024